

El pudor de Ángel

Luis García Montero

LA LITERATURA ES, ENTRE OTRAS COSAS, DIÁLOGO. EN ESTA SECCIÓN, DOS POETAS DE DISTINTAS GENERACIONES DIALOGAN SOBRE SUS GUSTOS AL TIEMPO QUE NOS DEJAN UNA SEMBLANZA MUTUA.

Ángel González suele opinar con los ojos. Cuando quiere subrayar algo, abre un poco los ojos con una inteligente complicidad interior, inclina la cabeza con suavidad y se apoya en una sonrisa discreta. Luego suele dejar que la situación pase, y mira la vida como quien observa pasar los barcos por la bocana de un puerto. Ángel González se comporta con la paciencia ajustada de los profesionales de la vida, con el silencio disciplinado de la conspiración. Los gritos y las representaciones espectaculares son propias de los que disparan con una pólvora que no muerde, y –sobre todo– de los que se sienten a salvo, de los que nunca han sufrido la mordedura rabiosa de la vida. Cuando se camina por la primera línea de fuego, más vale mantenerse despierto, cuidar la cabeza y conocer los refugios. La lucidez, la ironía y el pudor son refugios del poeta que habla en voz baja para decir las cosas importantes, unas cuantas palabras verdaderas.

El mejor perfil biográfico y literario de Ángel se debe al propio Ángel. En la presentación de *Palabra sobre palabra* (1977), con pocas frases y la contundencia tímida de un superviviente, el poeta explicó de qué modo su personaje biográfico y su personaje literario acabaron firmando un pacto de hermandad y prudencia. Primero recordó la historia que dejaba a sus espaldas: «El escenario y el tiempo que corresponden a mi vida me hicieron testigo –antes que actor– de innumerables acontecimientos violentos: revolución, guerra civil, dictaduras. Sin salir de la infancia, en muy pocos años, me convertí, de súbdito de un rey, en ciudadano de

una república y, finalmente, en objeto de una tiranía. Regreso, casi viejo, a los orígenes, súbdito de nuevo de la misma Corona». Y después de los recuerdos, el estilo poético. La palabra aparece elaborada por la propia experiencia de la vida: «Larga y prematuramente adiestrado en el ejercicio de la paciencia y en la cuidadosa restauración de ilusiones sistemáticamente pisoteadas, me acostumbré muy pronto a quejarme en voz baja, a maldecir para mis adentros, y a hablar ambiguamente, poco y siempre de otras cosas; es decir, al uso de la ironía, de la metáfora, de la metonimia y de la reticencia. Si acabé escribiendo poesía fue, antes que por otras razones, para aprovechar las modestas habilidades adquiridas por el mero hecho de vivir». Y, desde luego, por la mera voluntad de sobrevivir.

Cuando el poeta Ángel González escribe, responde a la experiencia histórica de un niño que vivió por dentro las ilusiones republicanas, y que comprobó cómo su madre llevaba razón al temer las guerras. El niño comprendía el miedo a las tormentas, a los accidentes o a los incendios. La guerra parecía una maldición lejana, muy separada de su vida infantil, hasta que una revolución y una guerra civil pasaron por la puerta de su casa, y le dejaron dentro de sus palabras, como una raíz silenciosa y vigilante, a un hermano fusilado, a otro hermano en el exilio, y a una madre y una hermana represaliadas por los vencedores. La historia civil late en una palabra que asume la paciencia y la cuidadosa restauración de ilusiones pisoteadas. Pero también late la historia de la poesía y la elaboración que los procedimientos poéticos hacen de la historia. En la voz baja de *Palabra sobre palabra* están presentes poetas sociales como Blas de Otero y Gabriel Celaya que, a través del existencialismo, procuraron acercar la voz de la lírica a la vida cotidiana.

Antes de ellos, y como suelo capital, están presentes los ejemplos de Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado. No pienso ahora en el profesor maduro que escribió en los años setenta ensayos excelentes sobre estos dos poetas mayores de la literatura contemporánea hispánica, sino en el muchacho asturiano que se formaba como poeta en los años cuarenta, en una atmósfera que en la que se respiraba a Campoamor o a los poetas de la generación del

27 antologados por Gerardo Diego, sin olvidar el aire fresco de las canciones populares. Por encima de los debates sobre la poesía pura o las inclinaciones metafísicas, Juan Ramón daba al joven un ejemplo de limpieza, de desnudamiento, de negación de la retórica. Resulta a veces comprender desde el panorama poético actual las lecciones de pudor estilístico que ofrecían los libros de Juan Ramón. Antonio Machado le enseñó a mirar la realidad con ojos de lector. Los elementos de la realidad, presentados en tono descriptivo, salen de la significación plana, y se llenan de intensidad, y crean sentido, cuando el poeta los mira y les otorga un papel en la argumentación sentimental de sus meditaciones. El realismo lírico, el testimonio simbólico, consolidaron la palabra de un poeta que necesitaba hablar poco y siempre de otras cosas. Estilo y moral, vida y poesía, se hermanaban también en el magisterio de Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez. La fábula compleja de la historia de España había hecho que fueran precisamente dos poetas los ejemplos más sólidos de entereza moral en los tiempos de la cólera. La dignidad del país, pobre país, se encarnaba en la poesía.

Los lectores de mi generación, comprometidos con la historia azarosa de España y con la dignidad de la literatura, encontramos en la obra de Ángel González el ejemplo de una intimidad convertida en testimonio histórico. Sus esperanzas eran lo suficientemente lúcidas como para evitar las imposiciones dogmáticas sobre una realidad exterior negada, y se disfrazaron en los poemas de matices y dudas, de tanteos sentimentales y brotes imaginativos, para provocar un diálogo discreto con la propia conciencia, con esa realidad ética en la que se refugian los conspiradores de la decencia en los años canallas. Ángel González se ha contado a sí mismo la historia de España, la historia de su vida, con la prudencia de los que se saben vigilados y con la firmeza paciente de los que son dueños de su propia mirada. La poesía le ofreció compañía al otorgarle el ámbito de la lucidez, la ironía y el pudor.

Puede resultar extraño que hablemos de vitalismo, incluso de vitalismo optimista, en una poesía nacida de la reticencia. Sin embargo hay que aludir al vitalismo de Ángel González para comprender la paciencia sólida de un poeta desesperanzado que asume las derrotas para no darse por perdido. Si conviene distin-

guir al personaje biográfico del personaje literario, aunque estén condenados a enredarse, también hay que diferenciar la experiencia individual de la conciencia histórica. Los desamparos sucesivos no impiden que la historia avance y que las interrogaciones de la mirada tengan más que ver con el futuro que con la nostalgia. La lucidez niega los paraísos perdidos de forma tajante, y cuando falla también la esperanza siempre queda el vínculo moral de las convicciones, que convierten la experiencia del pasado en razón de un comportamiento futuro. Por eso los libros de Ángel González se recogen en un título que invita al entendimiento tanto como a la elaboración constructora: *Palabra sobre palabra*.

Queda por recordar el poder imaginativo de este poeta realista que somete los paisajes exteriores a su propia mirada y que pretende en cada poema delimitar el cruce inevitable que se da entre los acontecimientos y los individuos, entre las situaciones colectivas y las emociones particulares. La mirada del poeta crea sentido, juega con los pliegues de una realidad flexible, hace que bailen los calendarios, los relojes, los días de la semana, los años, los tiempos, los paisajes, los animales, las ciudades, los instrumentos musicales, al paso de la intensidad lírica y de la capacidad de inventiva de los versos. La imaginación de Ángel González no se limita a una metáfora o al poder deslumbrante de un verso, porque tiende a infiltrarse en los argumentos. El hallazgo de un motivo poético se convierte con frecuencia en un ovillo que se va desliando hasta alcanzar un amplio desarrollo temático. La poesía de Ángel González apuesta por el poder narrativo de la imaginación, necesita convertir en historia su visión personal. Es la consecuencia de haber pasado por la historia defendiendo su propia mirada, restaurando las ilusiones rotas, aprendiendo a escribir en voz baja. La poesía supone una forma de conspiración, y eso lo confirman siempre, y más que nadie, los poetas pudorosos ©